

CUANDO LOS PIQUETEROS VUELVEN AL TRABAJO TRAYECTORIAS IDENTITARIAS ENTRE LA LUCHA Y EL EMPLEO

Lucia Corsiglia Mura
Universidad Nacional de La Plata (Argentina)
luciacorsiglia@yahoo.com.ar

Resumen

Este trabajo se pregunta acerca de las subjetividades de los piqueteros que vuelven al empleo. Si estos sujetos, piqueteros, habían sido parte de un fervoroso proceso de lucha y habían construido soportes identitarios diferentes al trabajo a partir de su experiencia de acción colectiva y beligerante; cómo se verían a sí mismos ahora que, a partir de la recomposición del mercado laboral, volvían a ser parte del ejército de asalariados. ¿Como piqueteros o como trabajadores?

Palabras clave: Piqueteros, identidad, trabajo, empleo, acción colectiva.

Introducción

Este trabajo es resultado de un proyecto de investigación que se pregunta acerca de las subjetividades de los piqueteros que vuelven al empleo. Los ejes giran en torno a la constitución identitaria, de aquellos que habían sido parte de un proceso efervescente de lucha, que se habían reconocido y nominado como piqueteros y que desde la recomposición del mercado laboral a partir del 2003 en nuestro país, volvían a ser parte del ejército de asalariados. ¿Cómo se verían a sí mismos? ¿Como piqueteros o como trabajadores?

Plantear la disyuntiva de identificación de estos sujetos implicaría la discusión acerca de la centralidad del trabajo en la constitución de los actores sociales. Muy lejos de restarle toda importancia al rol que éste tiene como factor de socialización, ya que como bien dice Battistini (2004), el trabajo siempre está presente, aunque más no sea por su escasez, suponíamos, aún antes de salir al campo que los lazos comunitarios forjados a partir de las experiencias colectivas de lucha, deberían necesariamente haber creado otros soportes identitarios más allá de la carencia o la recuperación del empleo. En ese sentido, algunos autores (Svampa, Pereyra, 2003) han sugerido la existencia de una Identidad Piquetera fundada en algunos puntos mínimos comunes, tales como la propensión a la acción directa, la valorización de nuevos formatos democráticos asociados al asambleismo y el rechazo a las políticas neoliberales.

Pero volviendo a las cuestiones sobre identidad, diremos, siguiendo a Dubar (2002) que ésta sólo se constituye como un problema a pensar cuando deja de ser algo evidente. Así es que, este proyecto de investigación ponía en cuestión desde su inicio la hegemonía absoluta del trabajo como factor de socialización por excelencia en sectores de empobrecimiento estructural en nuestro país. Muchos de los autores leídos (Svampa, Antunes, Merklen), retoman la hipótesis de Castel (1999) acerca de la "crisis de la sociedad laboral", que significa la reconfiguración de la manera en que se articulan las dimensiones económica, sociológica y jurídica del trabajo, diferenciándose del modo en que estaban dadas en el estado social o protector. Ante la masificación del desempleo, avanzó la reflexión sobre la relación entre el empleo (ausente) y la (im)posibilidad de los sujetos de ocupar un lugar reconocido en la sociedad. Gran cantidad del material leído apunta a la búsqueda de otros soportes posibles para la identidad popular. La exclusión, definida por Castel (1996) como una forma de "inutilidad social", producto de la expulsión de los circuitos productivos y del aislamiento social que ella produce, plantea crudamente el problema del acceso de estos sujetos al espacio público. Entonces, si el actor colectivo por excelencia en la sociedad contemporánea había sido el trabajador, ¿cómo se colectivizaban los sujetos ante la falta de empleo? Como respuesta posible comienza a postularse una relación estrecha entre la crisis del empleo clásico y la revalorización de la participación comunitaria (Castel, 1996). Y esta línea teórica es retomada por muchos autores locales (Svampa, Pereyra, Merklen, Auyero) para dar inteligibilidad a la emergencia del Movimiento Piquetero en Argentina. Estos supuestos también serán soporte teórico de esta investigación. Pero la pregunta que nos guiaría ahora, teniendo en mente que estábamos abordando a sujetos que ya no están desocupados, era la contrapartida de la recién expresada. Si estos sujetos, pobres estructurales y víctimas del desempleo de la Argentina de los años anteriores, habían construido otros lazos distintos que el trabajo como soporte de su identidad, ¿cuáles eran los que primaban ahora que habían vuelto al empleo? ¿Volverían a sentirse trabajadores y por lo tanto, sujetos plenos de una sociedad que sigue, pese a todo, valorizando el trabajo como uno de los modos privilegiados de reconocimiento social?

Así, se buscó rastrear las continuidades identitarias de hombres y mujeres, miembros pasados y presentes de la Coordinadora de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón (CTD AV), una organización piquetera cuyo zonal Gran La Plata (donde se desarrolló el

trabajo de campo) queda dentro de lo que Svampa (2005) sitúa como el afluente territorial del Movimiento Piquetero. Buscar sus trayectorias laborales, sus continuidades organizativas y beligerantes, su conciencia de derechos, en tanto actores sociales con una fuerte experiencia de lucha y con un presente de reinserción laboral.

Estas preguntas se abordaron a través de una metodología de tipo cualitativo, tratando de dar prioridad a la voz de los actores y buscando, a través de entrevistas en profundidad, la recreación de lo que para ellos significaba antes y ahora el hecho de formar (o haber formado) parte de una organización piquetera, así como la dimensión que le daban al trabajo en sus vidas. Se formularon entrevistas en el período de septiembre a noviembre de 2008 en distintos barrios de la ciudad de La Plata, a miembros pasados y presentes de la CTD AV LP, de distintas edades y sexos y con diferente grado de inserción dentro de la organización.

Algunas consideraciones sobre la identidad

La década del 90 significó en nuestro país la consagración del modelo neoliberal que empezó a insinuarse desde los años 70. Las consecuencias en el ámbito de las privatizaciones, el achique del Estado, el crecimiento de la desocupación y la pobreza son ya bien sabidas por todos. Para que estas políticas de claro sesgo antipopular se llevaran a cabo, fue necesario que se combinaran con un proceso de travestismo del aparato político tradicional, especialmente del Partido Justicialista y de la estructura sindical, que habían sido otrora canal de vehiculización de la expresión reivindicativa y política de amplios sectores populares.

Significaba este nuevo patrón de dominación de las clases subalternas el fin de lo que Castel (1999) denominaría la sociedad salarial. En el ámbito del trabajo, el neoliberalismo generaba desempleo estructural, empleo no registrado y precario, rigidez salarial, pobreza y exclusión, desregulación de la legislación individual y colectiva del trabajo, disminución de la protección social como consecuencia de la crisis del estado benefactor. Sin adherir a la tesis del fin del trabajo, sí creemos que estas modificaciones alteraron sustancialmente el mundo laboral, y en particular a lo que Antúnez (2005) define como la “clase-que-vive-del-trabajo” ya sea que tenga o no empleo.

Al colapsar la anterior concepción del pleno empleo, lógicamente, se desestructuraban los mecanismos tanto sociales como materiales que integraban a los individuos a la sociedad a través del trabajo. En un contexto de empobrecimiento y frente a este proceso de *desafiliación* (1) que afectaba a las clases populares, se tornaba central la cuestión de la *identidad* y de los mecanismos colectivos de articulación intersubjetiva.

Siguiendo a Dubar (2002), y desde una perspectiva no esencialista de la identidad, entendemos el proceso de construcción identitaria en la articulación problemática y siempre en tensión con los planos biográfico o personal y social o relacional. La identidad es la articulación de esas dos dimensiones cristalizada en el plano del discurso, procesada a nivel simbólico en el plano de las representaciones. Muy elocuente resulta en ese sentido la expresión de Martín-Barbero (2003:17) quien dice que “la identidad no es pues lo que se le atribuye a alguien por el hecho de estar aglutinado en un grupo –como en la sociedad de castas– sino la expresión de lo que le da sentido y valor a la vida del individuo”.

Ahora bien, estas deficiencias sobre la centralidad del trabajo en la construcción de las identidades colectivas, que con el neoliberalismo se imponían como un problema masivo, era de suponerse que era una experiencia ya transitada por importantes sectores poblacionales reconocidos como pobres estructurales. Estos no terminaban nunca de estar insertos en una sociedad laboral que venía desde tiempo atrás condenándolos a la precarización laboral, la informalidad, el trabajo en negro; es decir a la marginación, la pobreza, y con un fuerte déficit de asistencia por parte del Estado. Grandes sectores sociales veían incumplidos desde antes que explotara el fenómeno del desempleo masivo sus derechos de ciudadanía básica, tal como la sociedad salarial la concebía.

En el caso de nuestros entrevistados, fuimos recorriendo sus trayectorias laborales, que dan cuenta de una relación siempre inestable y precaria con el mercado laboral. Situación que por cierto se había profundizado drásticamente a fines de los años 90, pero que los había signado desde antes. Así, nuestra aproximación de campo arroja claros déficits de inclusión en el mercado laboral previos a la oleada masiva de desocupación. Sus trayectorias muestran condiciones de alta vulnerabilidad, siendo que en general todos ellos habían experimentado su pasaje por el mercado laboral en malas o pésimas condiciones la mayor parte del tiempo. Tal como dice Castel (1999: 376), más que participar de forma plena de la sociedad salarial, estos sujetos “acampaban en las fronteras de ella”.

Contexto general: surgimiento y declive del movimiento piquetero

Como es notablemente sabido, el surgimiento del movimiento piquetero se da en nuestro país en el marco de la crisis del mercado laboral de los años 90 ya reseñada.

Así, el piqueterismo alumbró la posibilidad de una nueva expresión de los sectores subalternos quienes se reconocían a sí mismos a partir de su acción disruptiva. Se habían constituido denominándose por la ausencia del trabajo (Movimiento de

Desocupados), pero habían progresado a nominarse y ser nominados por su práctica (Piqueteros). Reconocían diversos orígenes y se inscribían en lo que fue denominado el nuevo repertorio de protesta de los años 90 (Auyero, 2002; Battistini, 2002; Merklen, 2004; Shuster y Pereyra, 2001, entre otros). Los piqueteros provenían del afluyente obrero, el del corredor de las privatizaciones que había hecho nacer los piquetes y puebladas desde Cutral Co (Neuquén) hasta Salta a partir de 1996/97; pero también nacerían de las trayectorias de supervivencia, clientelismo y resistencia del Gran Buenos Aires y otras grandes ciudades del país, como el caso de nuestros entrevistados. Los primeros fueron los que dieron surgimiento al piquete como herramienta de lucha. Aportaron su mito fundacional. Los segundos, le dieron extensión y despliegue nacional. Y ambos, de conjunto, dieron en su momento la posibilidad de pensar al piqueterismo como un Movimiento. Porque, más allá de diferencias profundas entre los diversos agrupamientos, en cualquiera de los casos, mostraron un reclamo similar de renovación de la práctica política y vehiculizaron el surgimiento de nuevas formas políticas basadas en la acción directa, la democracia participativa y el repudio a las políticas neoliberales.

Éste fue el proceso en el que nuestros entrevistados, y miles de otros pares, hicieron su experiencia de identificación, de valorización desde la experiencia colectiva, de concientización del poder transformador de la práctica. El Movimiento Piquetero significó en gran medida el canal de vehiculización de la voz de los más postergados, convirtiéndose en un actor político de altísima gravitación, en medio de una crisis de representatividad inaudita.

El Piquete se convirtió en clave explicativa de la convergencia de diversos sectores, donde, además de los desocupados, también estuvieron presentes los actores ocupados y sindicalizados, aparecieron expresiones de clase media empobrecida, vecinales, etc., generando puentes de relacionamiento más allá de la procedencia social.

La desocupación se impondría a partir de la segunda presidencia del menemismo, a mediados de la década del 90, pero el mayor desarrollo del Movimiento de Desocupados como actor político se plasmó a fines del gobierno de F. De La Rúa y se consolidó tanto cuantitativa como cualitativamente, en el breve lapso del gobierno de E. Duhalde a posteriori de la crisis de diciembre de 2001. La curva de crecimiento del Movimiento Piquetero llegó a su pico más alto en 2002, empezando a perder fuerza política a partir de mediados de aquel año, a posteriori de la Masacre del Puente Pueyrredón y del alto grado de fragmentación de organizaciones piqueteras que le siguió. Posteriormente, la llegada al gobierno del kirchnerismo en 2003, redefinió marcos de alianzas y de inclusión institucional fracturando al Movimiento Piquetero según la adherencia o no al nuevo gobierno. De allí en más, una fuerte política de cooptación por un lado, y estigmatización, aislamiento y represión selectiva de los grupos más radicalizados por el otro, fue dando frutos de desactivación o neutralización de la protesta. Asimismo, la recomposición de los indicadores económicos, elevó de a poco la demanda laboral haciendo caer naturalmente en alguna medida la capacidad de adherencia del piqueterismo.

Hoy, a más de diez años del nacimiento del Movimiento Piquetero, existen un sinnúmero de organizaciones piqueteras, en un proceso de fuerte fraccionamiento y retraimiento de la capacidad de movilización en general. Si lo pensamos en términos de la Teoría de la Acción Colectiva, y según la idea de Estructura de Oportunidades Políticas (Tarrow, 1997), no sigue siendo éste el Momento de Oro del Movimiento Piquetero. Sin embargo, persiste como actor beligerante y como el interlocutor casi exclusivo de los sectores pobres organizados. Esto permite hacernos pensar que el activo que sigue movilizado, y más allá de las insinuaciones sobre clientelismo, ha incorporado una conciencia práctica de lucha y en algunos casos de combatividad y de derechos ciudadanos, cuando no, de reconocimiento social, que hace que, pese a haber sufrido embates represivos o estigmatizadores, e incluso en algunos casos, más allá de haber recuperado el empleo, siga adhiriendo a estas organizaciones (2).

Por eso, sostenemos la centralidad de estas experiencias en la impronta de la constitución identitaria de nuestros entrevistados. Creemos que esta experiencia modificó los marcos de significados desde donde ellos pueden entender su situación pasada, su actualidad y estructurar sus perspectivas de futuro. Los elementos que articulan la identidad piquetera (de los que nuestros entrevistados dan cuenta en sus narrativas) aúnan la pobreza, el valor de la dignidad del trabajo, la independencia respecto de las estructuras tradicionales de organización y la capacidad de resolver problemas concretos a través de la unidad de los iguales para la lucha (Torres, 2006).

La CTD AV. una organización piquetera de larga data

Partiendo como ya se dijera del supuesto de un mínimo común de valores que abonan la existencia de una Identidad Piquetera identificable en nuestros entrevistados, es necesario, además, particularizar algunas características propias de la organización en la que ellos desarrollan esta experiencia, la CTD AV.

La CTD surge como tal en 1999, como articulación de trabajos barriales en distintas localidades que se desarrollaban desde años anteriores por definición de una organización política, el MPR Quebracho. Por su parte, la CTD AV surge en 2001, como acuerdo

de coordinación entre la CTD y el MTD Teresa Rodríguez, redundando en la coordinación de organizaciones y movimientos existentes en diversas localidades de GBA y La Plata. El surgimiento de la CTD AV obedece a la intencionalidad de posicionarse dentro del movimiento piquetero como una nueva referencia de práctica más radicalizada frente a las críticas al denominado “grupo matancero”, objetivo que cumplen con creces. Luego de la masacre del Puente Pueyrredón (26 de junio de 2002), los MTD abandonan la coordinación con la CTD. Aquellos pasan a denominarse MTD AV, y la CTD AV pasa a estar compuesta nuevamente por el antiguo núcleo que le dio origen.

El estigma que nutrió estos desarrollos territoriales desde sus inicios era la conquista de reivindicaciones y la organización popular, teniendo a la movilización como herramienta fundamental. Esto se mantiene constante aún después del ciclo de reflujo posterior a la asunción del presidente Kirchner.

El hecho de que la CTD AV se posicionara dentro de los sectores más radicalizados del Movimiento Piquetero le ha redundado en diversas y reiteradas experiencias represivas a lo largo de los años. Asimismo, en su desarrollo histórico, van surgiendo del relato de nuestros entrevistados diferentes rupturas en el seno de la organización, siendo muy intensa la política de cooptación desplegada desde el gobierno a partir de 2003.

La pertenencia a la CTD AV es para todos nuestros entrevistados un hecho significativo en sus vidas. Prácticamente todos ellos refirieron que la organización les había modificado su existencia previa, les había enseñado a pensar en los demás, a ser “mejores personas”, a interesarse por la política y por sus derechos, y sobre todo, a saber que la conquista de estos derechos era fruto de la lucha. Y esto, pese a la férrea conciencia de las posibilidades certeras de ser víctima del accionar represivo o de sufrir la profunda estigmatización social que azota hoy a la radicalidad piquetera.

Entonces, si la autoafirmación como adherentes o miembros de la organización persistía a pesar de represiones, estigmatizaciones, o vuelta al empleo, la pregunta que se impondría en esta investigación, sería hasta qué punto esta identidad construida a expensas de esa inserción colectiva se continuaba en su nueva realidad de trabajadores ocupados.

Las variables postdevaluación y la realidad cotejada en las entrevistas

La crisis del empleo del período de reformas estructurales de los años 90 dejó un mercado de trabajo heterogéneo en cuanto a su funcionamiento interno y en cuanto a las oportunidades de movilidad ocupacional y social. A posteriori de la salida de la convertibilidad, los datos de recuperación del empleo resultan indiscutiblemente positivos en términos generales. Sin embargo, esta recuperación no implica un cambio en el funcionamiento del mercado de trabajo, concluyendo algunos autores (Salvia y otros, 2006) que a pesar de la recuperación económica se mantiene vigente un mercado de trabajo segmentado, con un polo informal marginal y sobre la base de una organización económico sectorial desigual. En este marco encuentra Salvia (2007) que el sector informal parece continuar la misma dinámica que la iniciada en épocas de las reformas estructurales de los años 90.

Así, según el estudio realizado por Salvia, Fraguglia y Metlika (2007), siguiendo los indicadores de recomposición económica entre 2003/05, pese a la expansión del empleo sólo un tercio de los ocupados tenía hacia fines de 2005 un empleo pleno y de calidad. Mientras tanto, el mismo estudio destaca que eran los ocupados precarios o con remuneraciones de indigencia los menos favorecidos por la recuperación económica, al igual por supuesto, que los desocupados estructurales. Para estos autores, en el segundo trimestre del 2005, más del 60% de la población urbana continúa presentando problemas en el acceso a empleos de calidad, subsistiendo situaciones de desempleo estructural, de ingresos por debajo de la canasta familiar de indigencia y empleos precarios. Peor se ve este panorama, si tenemos en cuenta que a fines de 2008, en medio del desarrollo de este trabajo de campo, comienza a golpear la crisis internacional en nuestro país, generando una oleada de cesantías, suspensiones y recortes laborales.

Claramente, en este sector menos favorecido por la recomposición del mercado de trabajo, se encontrarán, por un motivo u otro, todos los entrevistados de mi investigación. Y con una claridad estruendosa lo resume Ruth, desde su propia percepción. Ruth tiene 27 años, 3 hijos, trabaja desde los 11 años y en general siempre ha tenido trabajos de empleada doméstica. Vive con su marido que es albañil y, además de sus propias peripecias laborales, sufre la alta inestabilidad que el trabajo de él tiene. Al momento de la entrevista, Ruth venía de rendir examen para un concurso no docente para la Universidad Nacional de La Plata, que le hubiera significado, de haber entrado, su primer trabajo en blanco. Además, espera entrar en una de las Cooperativas del barrio. Así, y a pesar de la voluntad expresa de Ruth de modificar su situación laboral, ella nos define muy gráficamente el horizonte de trabajos posibles para los sectores más postergados socialmente.

“...el trabajador tiene varios conceptos. Está el trabajador esclavo, el trabajador digno, y el trabajador legal. El trabajador explotado es el pobre. El que no tiene estudios, el que carece, que sufre de enfermedades, injusticia, explotación de ambas partes, social y económicamente ...después el trabajador, el que está ahí en un nivel más o menos que no está ni bien ni mal yo creo que sería como en un segundo rango, es el que no está explotado ni las carece, está en un punto medio, que subsiste pero

no le alcanza y que tiene que rasguñar de un lado y de otro para poder llegar a fin de mes. Y el privilegiado es aquel que está, que se yo, el papá conoce a uno y está ahí, privilegiado o el que, por x motivo consiguió alguna comodidad” (entrevista realizada a Ruth el 26/09/08).

Así es que, entendiendo por trayectoria laboral u ocupacional el recorrido que hace un individuo en el espacio sociolaboral desde su inserción, describiendo las sucesivas posiciones que ha ocupado a lo largo del tiempo, y tomando como herramienta analítica la categorización que hace Graffigna (2004) de las diversas trayectorias laborales posibles (precarias, cuentapropistas, precarizadas, fluctuantes y protegidas), encontramos en los resultados arrojados por el trabajo de campo, una fuerte, por no decir casi absoluta, tendencia a las trayectorias precarias. Lo que no encontramos en ningún caso, es la experiencia de trayectorias protegidas, situación que se sigue reproduciendo a partir de la reinserción laboral en el período post devaluación que hace a nuestro estudio.

Resulta entonces, que de los seis entrevistados, sólo Julia, trabajaba en ese momento en blanco, como empleada de una carnicería. El resto trabajan todos en negro. Algunos de ellos, Chela y Feli, trabajan para las Cooperativas Municipales impulsadas desde el gobierno y que han sido una de las estrategias de trabajo de amplios sectores de los barrios populares, mientras que Claudio está empleado en el rubro del aluminio, en una pequeña empresa con la permanente promesa de pasarlo en blanco. Ruth, por su parte, trabaja limpiando casas; y Germán tenía, junto con otro compañero de la CTD AV, la administración de un kiosco que terminó cerrando, y al momento de la entrevista trabajaba esporádicamente como mozo para una empresa de catering.

Demás está decir que los ingresos salariales que significan estos trabajos no alcanzan a cubrir las necesidades básicas de ninguno de los entrevistados y sus familias, por lo que el plan mantiene un carácter de apoyo económico indispensable para estos grupos familiares.

Peor aún es la situación en los casos entrevistados de las cooperativas municipales, quienes no se identificaban a ellas mismas como empleadas. Y esto se debe a que la situación de las cooperativas parece ser, incluso para los mismos trabajadores, más una mixtura entre lo que otrora eran las contraprestaciones de algunos planes, pero en estos casos manejadas por el municipio (3), que un verdadero trabajo.

Otra cuestión que sin dudas complica la presencia de integrantes de la CTD AV con empleo es la dificultad de sostener una actividad laboral y el ritmo de militancia que conlleva esta organización. Seguramente, muchos de los casos que hubieran sido objeto de estudio, hoy no forman más parte de esta organización sigan o no adhiriendo a ella. Los casos de Claudio y de Julia quizás sean indicativos de esto. Julia trabaja desde hace un año en una carnicería de su barrio y nos cuenta que ahora no puede seguir participando de muchas de las actividades que hacen sus compañeros:

“El otro día miraba por la tele cuando estaban en el Puente Pueyrredón por los presos y pensaba “cuántas veces estuve yo ahí. Pero ahora no puedo”. “A veces se me van las patitas...mi corazoncito está ahí”.

Claudio, por su parte, trabajó siempre en la construcción o en el ramo de la metalurgia. Ahora, hace siete u ocho meses que está en una empresa de aluminio. Dice que no le queda tiempo para las actividades de la CTD AV (o de Quebracho) aunque su militancia no le genera problemas en el trabajo.

Distinta es, sin embargo, la experiencia de Germán, quien por el contrario, cuando le preguntamos por qué no trabaja de Técnico Químico (Germán es Técnico Químico egresado del Albert Thomas, pero en su trayectoria laboral poco y nada se nota eso) nos cuenta que en el 2004, él tenía otro trabajo y ahí casi lo llaman de Bagó para trabajar de técnico.

“Ya había hecho los preocupacionales y todo, pero justo caí en cana (Germán estuvo un mes preso en el penal de Marcos Paz después de ser detenido en una movilización de la CTD AV en la Av. 9 de Julio). Justito, justito. Me estaban por dar laburo acá en una planta de 122 y 60 (...) Y no me llamaron más”.

Sintetizando, por la caracterización sociodemográfica de nuestros entrevistados, era esperable verificar que tuvieran una larga trayectoria de trabajo informal y precario. Esto, a su vez, se veía ponderado por las dificultades propias entre la permanencia u obtención de un empleo y la militancia en la organización. Sin embargo, no se agotó ahí la discusión acerca del trabajo. A partir de nuestras entrevistas fue surgiendo un concepto de trabajo distinto al meramente relacionado con la condición salarial o la de “ganarse la vida”. Los entrevistados devolvieron a las preguntas una concepción de trabajo aplicada a las tareas comunitarias de importantísima función social (y política), que algunos de ellos desarrollan como parte de su participación en la CTD AV y por la que no reciben paga alguna. Bastante elocuente es, en ese sentido, lo que nos dice Germán:

“El piquetero y el trabajador se tocan en muchos aspectos. El piquetero tiene una función social que está muy mal remunerada. Digamos, de hecho, los compañeros trabajan. Trabajan cuatro o cinco horas por día todos los días en un trabajo que es de los más importantes, que es darle de comer a un montón de chicos o asistir a un montón de chicos. Y eso es un trabajo. Así que, la importancia y la constancia de hacerlo todos los días y encima, en cuanto a plata, por nada. Es un trabajo. Y me parece que después los compañeros todos trabajan. Si pueden hacer una changa la hacen, lo que pasa es que está muy difícil. (...) Yo tengo

el concepto ese, para mí, el trabajo ese que se hace para sostener un comedor, o esas cosas, es un trabajo más valioso que cualquiera. Y me parece que está muy mal pago. Porque hay diez años de comedores y sin eso, esos chicos no hubieran tenido qué comer. Porque si no, ¿cómo piensan esos pibes, si no tienen comida? Entonces, para mí, es un laburo muy *grosso* ese. Y acá, volvemos si se quiere a la discusión acerca de la centralidad del trabajo como constitutivo de la condición humana (y por lo tanto como factor esencial que incide en la formación identitaria). El concepto de trabajo no es unívoco y se ha ido modificando a través del tiempo y las diferentes culturas. A partir de la modernidad y de la instauración del sistema capitalista, emergió en su forma de trabajo abstracto y posteriormente se impuso en su formato hegemónico de trabajo asalariado constituyendo el eje articulador de la sociedad salarial (Castel, 1999) propia del Estado de Bienestar. Sin embargo, ya a partir de la década del 70 se comenzó a desintegrar este formato, dándose inicio al debate acerca del “fin del trabajo”. Como ya dijéramos, sin adherir a estas tesis y, siguiendo a Neffa (2003) preferimos pensar en que, pese a las grandes transformaciones sufridas en el mundo del trabajo, éste no ha dejado de valorarse como medio de inserción en la sociedad. Las demás actividades, no consideradas propiamente trabajo, se han revalorizado respecto del trabajo asalariado y van ocupando una proporción cada vez más grande del tiempo y del mundo de vida de las personas, lo que no significa que la valorización del trabajo quede ausente. Así con las actividades comunitarias reseñadas por Germán, quien intuye tal como definiría Friedmann y Naville (1997) en su célebre Tratado de Sociología del Trabajo, que el trabajo es algo más amplio que la condición asalariada. Para Neffa, todos aquellos que son trabajadores quedan definidos por el hecho de producir un bien social. Evidentemente para Germán, las actividades comunitarias caben dentro de esta categoría, y a nuestro parecer, resaltar el valor de éstas definiéndolas como trabajo, que además nos dice, está muy mal valorado, da cuenta del rango social que el trabajo sigue teniendo. Del mismo modo vemos la centralidad del trabajo si pensamos cómo a su alrededor se articula la bandera del trabajo como un derecho, constituyéndose en un aglutinante reivindicativo y factor político que articuló el proceso identitario de nuestros entrevistados en tanto piqueteros.

Relacionando trayectorias e identidades

Si siguiéramos las conclusiones de Graffigna (2004), según la trayectoria precaria de los entrevistados, debiéramos suponer entonces que, al no tener experiencia de protección, ni dentro de la órbita laboral, ni dentro del marco de los derechos ciudadanos a partir de la desintegración el Estado de Bienestar, estos sujetos debieran tener una concepción naturalizada de la sociedad, viviendo su condición de pobreza de una manera no cuestionada. Ciertamente es que ellos reconocen todos su anclaje dentro de la pobreza de larga data, sin embargo, no parecen vivirla naturalizadamente. En todos ellos, tal como aporta la autora, el trabajo es valorado como medio de lograr la subsistencia del día a día, pero la experiencia vivida a partir del proceso de colectivización aportado por la militancia piquetera parece haber anclado otras herramientas para inteligir su relación de subalternidad. El aislamiento propio de sus trayectorias laborales dificulta la configuración identitaria a partir del trabajo, pero esto parece haberse revertido a partir de otras experiencias colectivas. La identidad de estos sujetos refiere a pautas afianzadas en otras experiencias sociales. Asimismo, el desamparo de la desocupación masiva hizo compartir este espacio de informalidad, precarización y desempleo con actores provenientes de otros estratos sociodemográficos, que traían consigo otros bagajes culturales y organizativos. Y esto, parece haber modificado radicalmente la cosmovisión de algunos de nuestros entrevistados, que alteraron esta lógica de naturalización de la subordinación, por otra de reconocimiento de derechos, que a su vez, se conquistan desde la propia práctica colectiva.

Y, contra la precariedad con la que las trayectorias laborales integraban socialmente a nuestros entrevistados, resaltan los valores dignificadores que aporta la experiencia piquetera en todos sus relatos. Así, cuando a todos ellos les preguntamos si podían definir qué significaba el trabajo en sus vidas, en general, las respuestas aludieron a “ganarse el mango”. Cuando les preguntamos si podían definirnos qué era un trabajador, la mayoría de las respuestas fueron difusas pese a que todos ellos trabajan desde chicos y, que más allá de los períodos de desocupación que vivieron, en general podemos encontrar una persistencia o alternancia de trabajos a lo largo de toda su trayectoria. Paradójico resulta en ese sentido el relato de Claudio, quien no se identifica a sí mismo como trabajador pese a que trabaja desde los 11 años:

“¿Un trabajador? Él, mi viejo es un tipo trabajador. No sabría qué es un trabajador, ¡mirá!” (entrevista realizada a Claudio el 10/10/08).

Sin embargo, cuando les preguntamos qué era un piquetero, todos tuvieron respuestas por demás elocuentes, referidas a los valores de la solidaridad, de la justicia, de la lucha y de los derechos. Chela nos dice que un piquetero significa:

“Dignidad. Libertad. Yo aprendí desde que soy piquetera a no pensar sólo en mí, o en mi familia. Hay que pensar en los demás y luchar por los derechos que tenemos los pobres. Cuando hay marcha y no cocinamos en el comedor, y algunos vecinos se quejan. Entonces yo les digo que ellos también tienen que luchar. Que no es venir a buscar la comida o la leche y nada más. Que nosotros cuando nos vamos a las marchas o a los cortes es porque también estamos luchando por lo de ellos” (entrevista

realizada el 29/09/08).

Respecto a su participación política, en el caso de nuestros entrevistados, sólo Germán y Claudio tenían experiencia de acciones de protesta previas a la integración a la organización. De hecho, Germán se relaciona con la CTD AV siendo primero miembro de Quebracho. Claudio, por su parte, tenía experiencia de militancia secundaria. Todos los otros entrevistados nos refieren que nunca antes habían participado de ninguna acción de protesta. Lo que da respuestas acerca de las transformaciones que la práctica disruptiva les ha impreso en su subjetividad. Y su incorporación a la militancia, no sólo está marcada por la experiencia piquetera en general, sino además, situada dentro de una organización, la CTD AV referenciada dentro de las más duras, con fuertes lazos de convivencia con otra organización política, Quebracho, conocida por su radicalidad política. Así, nuestros entrevistados, pasaron de un proceso de individuación propio de su inserción social en sectores altamente subalternizados al ejercicio de imponer su propia existencia a partir de colectivos reivindicativos y políticos de alto voltaje.

Esto, parece estar inscripto en los conceptos básicos acerca de sus potencialidades, acerca de la capacidad transformadora de sus prácticas y acerca de los derechos elementales que deberían ser de cumplimiento universal. Todos nuestros entrevistados pueden definir grosso modo esta serie de derechos básicos que les son sistemáticamente negados. Julia sintetiza estos derechos mínimos como:

“Primero, derecho a trabajar. Después, tenemos derecho a la educación, porque sin educación, no somos nada. Y después, derecho a salud. Y que cuando estemos viejos, y no podamos trabajar más, tengamos una jubilación digna” (entrevista realizada el 26/10/08).

Con relación a sus derechos laborales, no resulta tan claro el conocimiento y reclamo por sus derechos. En este plano notamos que en algunos casos existe desconocimiento, mientras que en otros, aunque reconocen que se le incumplen derechos laborales, visualizan que la situación laboral no favorece el reclamo.

Así, si bien podemos identificar en nuestras entrevistas virtuosas modificaciones en torno a la concientización de derechos a partir del proceso colectivizador que significó la experiencia piquetera en estos sujetos, también evidenciamos que no pueden extenderse estos aprendizajes prácticos a su situación de reinserción laboral. Seguro, esto se deba principalmente a las condiciones mismas de esta reinserción.

Es probable, por ello, que los valores de dignidad y de lucha, fuertemente presentes en el discurso de los entrevistados, sigan siendo referenciados en torno a la identificación de piqueteros, pese a que algunos de ellos no sigan participando activamente de la organización.

“¡Un piquetero es la persona más grande que puede haber! Yo me considero un piquetero, sigo siendo un piquetero aunque no esté por ahí, pero sigo siendo uno más” (Claudio).

Conclusiones

A partir del abordaje de campo, podemos establecer que en el caso de nuestros entrevistados, ha existido una larga trayectoria de inserción laboral de mala calidad así como de falta de inclusión dentro de las pautas protectoras de la sociedad salarial. Hecho que redundaba en una ausencia de ejercicio de ciudadanía plena, además de significar una inserción social subordinada, con poca capacidad de negociación colectiva. Esta desigual inserción social se vio recrudecida en momentos de masificación del desempleo, lo que los llevó a profundizar su situación de pobreza, pero que sin embargo, propició situaciones de encuentros colectivos, dando espacio para el surgimiento de formidables experiencias integradoras y significantes.

Nuestros entrevistados, la mayoría de ellos sin experiencia previa de actividad política, encontraron en la inserción piquetera, las herramientas que permitieron una transformación de sus marcos conceptuales desde donde inteligir su propio lugar en la sociedad y desde donde plantearse alternativas para transformarlos. Lo que Bourdieu definiría como habitus, en tanto sistema de percepción, apreciación y producción de prácticas sociales.

Las concepciones de Libertad y Dignidad son fuertemente asociadas por nuestros entrevistados a este periodo, que paradójicamente coincide con el de empeoramiento de su situación socioeconómica, pero que remite al surgimiento de una etapa de integración comunitaria en el seno de la organización. Algunos valores como la Lealtad, sobre todo ante embestidas represivas, o prácticas de cooptación por parte de organizaciones afines al gobierno, parecen fortalecer los lazos de pertenencia y afloran permanentemente en los relatos.

Con la recomposición del mercado laboral, a partir de las políticas macroeconómicas postdevaluatorias, nuestros entrevistados vuelven a transitar el círculo de reinserción laboral, precarización, desocupación, nueva reinserción en esto que parece un camino circular en las diversas fases del mundo del trabajo de mala calidad. En general, no parece vislumbrarse la posibilidad de que rompan el límite de empleos en negro, flexibles o mal pagos habida cuenta de las desiguales oportunidades que presenta el mercado de trabajo.

Así que, mientras nuestros entrevistados viven su reinserción laboral, no parece ésta haber borrado los patrones identitarios forjados en la experiencia anterior. Todos ellos trabajan, aunque a la hora de definirse, ninguno de ellos se definió explícitamente como un trabajador. Quien más cerca estuvo fue Julia, quien se definió a sí misma como “Piquetera trabajadora” o “trabajadora piquetera”. En todo caso, sí parece que en algunos de ellos, esta reinserción laboral ha dificultado la permanencia activa dentro de la CTD AV, pero esto pareciera deberse más a falencias de la organización en sí misma que a un déficit de adherencia de los entrevistados.

En cuanto al reconocimiento de derechos, salvo en los relatos de Germán, en el resto de los entrevistados constatamos en general que se marca un antes y un después respecto a la inserción dentro de la organización piquetera. Sin embargo, pese al alto grado de concientización de derechos ciudadanos básicos, algunos de ellos, no podían definir en el caso de su reinserción laboral los derechos que en esa situación le correspondían. Así, pese al férreo aprendizaje práctico de lucha que significó en estos sujetos la pelea contra la desocupación, no encontramos una continuidad de lucha por la defensa de sus derechos laborales. Esto da cuenta, especialmente, del tipo de inserción laboral que tienen que lleva a negociaciones individuales, borra en algunos casos los contornos de relación empleado/patrón, no favorece la organización colectiva, ni la sindicalización.

Finalmente, y dado que nuestro trabajo de campo se desarrolló en el marco de los primeros azotes de la crisis global, a todos los entrevistados se les preguntó cómo veían el posible horizonte de una nueva oleada de desocupación en puertas. Y todos, sin excepción, sostuvieron que, de volver a darse una situación de crisis socioeconómica asimilable a la experimentada desde mediados de los 90, ellos volverían a “la lucha”, aunque valorando que ahora existen mejores condiciones organizativas de los sectores populares.

“Ahora es distinto que en 2001. Ahora hay experiencia. ¡Si las distintas organizaciones se unieran, entonces sí que sería muy distinto! Ahora estamos muy organizados y sabemos que tenemos que luchar” (Chela, entrevista del 10/10/08).

Esto nos deja, como última reflexión, la impresión de que las prácticas disruptivas de las que estos sujetos fueron parte activa modificaron sustancialmente sus subjetividades, pudiendo ellos mismos pensarse a futuro, ante la alternativa de nuevas situaciones críticas, como parte de un proceso colectivo y no descentrados en su propio destino individual. Así, nuevamente se ven a sí mismos imponiéndose como sujetos sociales ante la posibilidad de ser negados por los avatares socioeconómicos, saliendo una vez más de la esfera privada y retomando sus aprendizajes para mostrarse y hacerse valer en la esfera pública.

Notas

- 1- Término que utiliza R Castel, y que retoman diversos autores locales para hacer referencia al proceso de ruptura de vínculos sociales.
- 2- Esto, pensado desde una matriz de análisis marxista, sería asimilable al concepto de toma de conciencia (de clase), pensando en el siempre complejo proceso del pasaje de la “clase en sí” a la “clase para sí”, aunque entendiendo a esta formación social (la clase) de un modo elástico, ya que en el marco de países dependientes, entendemos este proceso de sectores subalternos dentro de la lógica de formaciones populares más que estrictamente clasistas.
- 3- Hay que decir que estos puestos de trabajo, se trata de unos 20 en toda la CTD AV, fueron ganados a fuerza de planes de lucha, por lo que son considerados por la organización y por los entrevistados como una victoria.

Bibliografía

- Antunes, R. *“Los sentidos del trabajo. Ensayo sobre la afirmación y la negación del trabajo”*. Herramienta, Buenos Aires, 2005.
- Battistini, O. *“Las interacciones complejas entre el trabajo, la identidad y la acción colectiva”*, en Battistini, O. (comp.); *El trabajo frente al espejo. Continuidades y rupturas en los procesos de construcción indentitaria en los trabajadores”*. Prometeo, Buenos Aires, 2004.
- Castel, R. *“Trabajo y utilidad para el mundo”*. Revista Internacional del Trabajo, Volumen 115, Nº 6, 1996.
- Castel, R. *“Las metamorfosis de la cuestión social”*. Paidós, Buenos Aires, 1999.
- Couso Pérez, C. *“Elementos definitorios de la informalidad laboral y su incidencia en la nueva concepción d trabajo entro de los movimientos de desocupados del Gran Buenos Aires”*. Lavboratorio, Revista de Estudios Sobre Cambio Social. Año VII - Nº 20 en <http://lavboratorio.fsoc.uba.ar>, 2007.
- Dubar, C. *“La crisis de las identidades”*, Ediciones Bellaterra, Barcelona, 2002.
- Friedmann, G. Naville, P. *“Tratado de Sociología del Trabajo”*. Fondo de Cultura Económica. México, 1997.
- Graffigna, M. L. *“Identidad laboral e identidad social: la construcción simbólica del espacio social”*, Lavboratorio, Revista de Estudios Sobre Cambio Social. Año IV. Nº 14 <http://lavboratorio.fsoc.uba.ar>, 2004.
- Martín-Barbero, J. *“Técnicidades, identidades, alteridades: des-ubicaciones y opacidades de la comunicación en el nuevo siglo”*. Revista Diálogos de la comunicación- Departamentos de Estudios Socioculturales. ITESO, Guadalajara, México, 2003.

Merklen, D. *“Sobre la Base territorial de la movilización popular y sobre sus huellas en la acción”*. Revista de Estudios sobre cambio social. Año IV. Nº 16, 2004.

Merklen, D. *“Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática”*, Gorda, Buenos Aires, 2005.

Neffa, J. *“El trabajo humano. Contribuciones al estudio de un valor que permanece”*. Lumen Humanitas, Buenos Aires, 2003.

Salvia, A. Fragulia, L. Metlika, U. *“Disipación del desempleo o espejismo de la Argentina postdevaluación”*. Lavboratorio, Revista de Estudios Sobre Cambio Social. Año VII - Nº 19 en <http://lavboratorio.fsoc.uba.ar>, 2006.

Salvia, A. *“Heterogeneidad estructural, calidad del empleo y segmentación laboral. Límites del crecimiento económico en la Argentina Post Convertibilidad”*. Ponencia presentada en XXVI Congreso Asociación Latinoamericana de Sociología. 13 al 18 de agosto de 2007 - Guadalajara, México. Disponible en:

http://www.uca.edu.ar/esp/sec-investigacion/esp/subs-observatorio/docs-ponencias/2007/Ponencia_Salvia_heterogeneidad.pdf, 2007.

Svampa, M. *“Desde abajo. Las transformaciones de las identidades sociales”*. Biblos, Buenos Aires, 2000.

Svampa, M. y Pereyra, S. *“Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteros”*. Biblos, Buenos Aires, 2003.

Svampa, M. *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*”, Taurus, Buenos Aires, 2005.

Svampa, M. y Pereyra, S. *“Las dimensiones de la experiencia piquetera: tensiones y marcos comunes en la organización y movilización de desocupados en Argentina”* en www.maristellavsvampa.net/archivos/ensayo06.pdf, 2006.

Tarrow, S. *“El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política”*. Editorial Alianza, 1997.

Torres, F. *“Todavía piqueteros. La CTD Aníbal Verón”*, EDULP, La Plata, 2006.

LUCIA CORSIGLIA MURA

Estudiante avanzada en la Carrera de Licenciatura en Sociología, UNLP. Actualmente elaborando tesina de grado acerca del lugar político de la disputa piquetera en la Argentina actual.